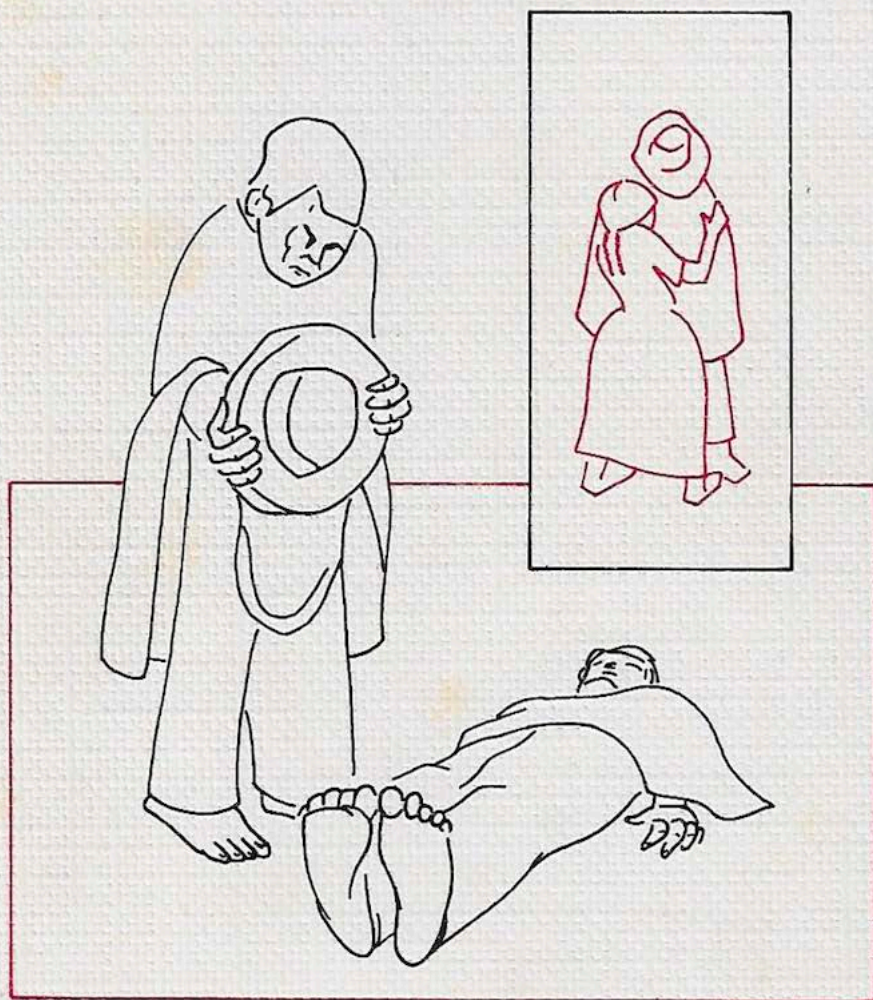


La Maldición burlada

y otros cuentos



Marco Antonio Corcuera

PROLOGO

Por años, desde los cincuenta, el eco del trabajo literario de Trujillo y los afanes de sus autores y grupos artísticos, se difunden por el resto del país, y aún más, con corresponsales en el extranjero, merced al calor que irradian las páginas amigas de Cuadernos Trimestrales de Poesía.

Por su insistencia y por sus reconocidos logros, los Cuadernos, como los llamamos habitualmente, han trazado una red de referencias e incitaciones al diálogo a través de promociones, edades, escuelas, vocaciones y pasiones. Así los escritores y el público trujillanos han estado más cerca de muchos colegas en la dimensión, y al calor, de la patria de la poesía.

Por esta razón, y por haber gozado y contribuido en la aventura que inició —y aún perdura en ella— Marco Antonio Corcuera, me complace escribir estas líneas. Permanente hacedor de amistades y lectores, sutil cernidor de textos e imágenes, propulsor de prosas y versos ajenos, es larga la lista de nuestras deudas como lectores de Marco Antonio Corcuera.

Los relatos de Corcuera continúan una vocación que lo acompañó siempre. Ajeno a las modas literarias, ajeno a los cambios extravagantes de estilo narrativo, ofrece una penetración que escruta psicológicamente al actor, las tradiciones culturales, y los horizontes que mezcla, con habilidad, al compás del avance de la urbanización difundida en todo el país. La perspicacia de Corcuera es una buena consejera, que lo induce a bosquejar los ambientes y los conflictos. El resto lo aporta el lector.

Y por tanto, uno y otro salen enriquecidos. Renglones que el tiempo ha madurado, mantienen un frescor que la lectura descubre a cada paso. Y esta es una lección de prudencia y de sensatez, que vale subrayar.

Alberto Escobar

LA MALDICION BURLADA

Los ojos del anciano se tendieron de par en par sobre el horizonte infinito, sin restañar una lágrima, secos y duros como el campo agostado de la puna, mientras la fogata de chamisas hendía el aire fresco de la noche y los perros rodeaban las tulpas haciendo ronda al cadáver del Vicente.

Toda la noche la luna hizo compañía al hombre y a los perros, que esta vez ya no aullaban como las noches anteriores, comprendiendo la inutilidad del esfuerzo y la gravedad del momento.

El Basilio Saucedá se levantó como sonámbulo, fue hacia el difunto, retiró suavemente la bayeta que le cubría el rostro y se quedó contemplándolo. Una piedra muy grande debió haber rodado en ese instante dentro de su pecho, mientras el guaracazo del destino hacía presa en él, precisamente en él, que era el más honrado y humilde de todos.

Al Basilio lo había abandonado la Juvencia, recién nacido su hijo Vicente, en la víspera de Navidad, en esa jalca desolada, al solo abrigo de las cabras, cuando los nacimientos florecían en todas las chozas y las danzas se aprestaban a cantarle al Niño Dios.

Criado con esmero el pequeño pudo sortear la vida y hacerse hombre como su padre. Mozo ya, se lió como bejuco a la primera china de su gusto —malayerba en su camino—; la que lo abandonó también, como la Juvencia al Basilio, con el hijo recién parido, dejándolo en la choza terciada con el gualte de la puna. Al poco tiempo “pescó la tiricia” y murió.

- ¡La maldición, Basilio. La maldición de la Juvencia!
- ¡La maldición quea pasau a tuijo y pasará a tu ñieto! —le habían dicho los cabreros, y el indio viejo, mordiéndose los labios hasta hacerlos sangrar, juró vengarse de la maldición.

Así crecieron los dos hombres, el abuelo y el nieto, llamado Vicente como su padre. Juntos frente al cielo, mishcando de año en año, con los rozos dentro del alma, juntos como jumentos amasados por el rigor del látigo del tiempo. El hielo acostumbró los talones del pequeño a la dureza del monte y la bayeta mal zurcida cubrió parcialmente sus desnudeces.

Pasó el tiempo indiferente y monótono, hasta que un día el muchacho quiso sacar mujer y se lo comunicó al abuelo. Fue una escena breve, tajante. Los ojos del viejo se inyectaron de sangre y su rostro adquirió la rudeza de la roca. Con voz grave y tremenda, inquirió:

- ¡No. No te juntarás con naides!
- ¡Primero ti difunto! ¿Lo oyes?
- ¡Primero ti difunto!

... Volteó las espaldas y se alejó pausadamente con la cabeza caída hacia adelante como si llevara un pesado yugo de pauco sobre la nuca que lo unció con la maldición y la muerte.

No paró allí la cosa, el Vicente tenía escrito el mismo destino de su padre y siguió cortejando a la moza, chola con posaderas de batán y dos hoyuelos a los costados de la boca, igual que la madre y que la abuela, las desaparecidas.

El cholo enamorado pensó entonces, en vista de la obstinación del abuelo, huir llevándose a la mujer que lo enlazaba a su suerte. Principió a trabajar con todas sus fuerzas hasta que el "tabardillo", recogido en los largos días de sol, lo postró gravemente.

El viejo por primera vez pareció descansar de su pesadumbre. Pidió al "taitito del cielo" que lo llevara antes de que él lo matara con sus propias manos.

Al expirar, un mohín de contento se asomó a su rostro, como